

todavía ni buena dirección ni una solución adecuada. Esa institución, única garantía de la sociedad, debiera ser comandada por hombres de mayor altura.

Afortunadamente, los jefes superiores del Gobierno militar se esfuerzan en rectificar errores y en impedir que se repitan los horrores pasados. He conocido muchos oficiales y empleados americanos que por su ilustración y corrección ilustran a su país. Pero usted comprenderá que en la imaginación del pueblo perduran por más tiempo los efectos de una injusticia y de un atropello que las consecuencias de mil acciones buenas y ajustadas a la ley.

Yo no dudo que si se estudian bien los tres memoriales de la Junta Consultiva presentados al Gobierno Mili-

tar; si el Gobierno americano saca a este pueblo de la incertidumbre en que vive acerca de sus futuros destinos y se habla con toda claridad acerca de sus presentes condiciones, si logra mantener dentro de límites racionales las aspiraciones del capital y se moderan los apetitos injustos de especuladores sin escrúpulos ni conciencia y se le convence de que sus sacrificios y heroísmos sufridos hace setenta y cinco años por obtener su libertad y el decoro de gobernarse independientemente, como lo obtuvo entonces de todas las naciones civilizadas del mundo, no serán infructuosos, ese pueblo llegará a ser un amigo sincero y agradecido del gran pueblo de Lincoln y Washington.

ADOLFO A. NOUEL,  
Arzobispo de Santo Domingo

(Unión Ibero Americana).

## LA SEGUNDA GRAN REVOLUCION

VIVIMOS en España en un período de revueltas y de turbulencias. Las huelgas se suceden unas a otras; los patronos se confederan y despiden en masa a los obreros; cada día surgen nuevos conflictos; se encarecen por momentos las subsistencias; las grandes Compañías ferroviarias (que cuentan con ministros y ex-ministros en sus Consejos de administración) piden periódicamente aumentos en sus tarifas; protestan ruidosamente las Cámaras de Comercio, los industriales y labradores de toda España, y la Prensa (solicitada por asuntos de mayor interés) apenas, protesta de las demandas de esas grandes empresas ferroviarias. Los Gobiernos son efímeros y transitorios; dura, el que más, cuatro o cinco meses; viven de transacciones con la rebeldía, sin fuerza para imponer el orden... Perdonen mis compatriotas, los españoles que residan en la Argentina, el que yo haya trazado este cuadro un poco sombrío; pero me he detenido a tiempo. Si en medio de esta anomalía sucediera algo de excepcional, ya el telégrafo lo comunicaría a los lectores de *La Prensa*.

Yo no quiero entristecer a mis bue-

nos y lejanos compatriotas. Necesitaba hacer estas indicaciones, como punto de apoyo para lo que voy a decir. Los tiempos son de conmoción profunda en España y en toda Europa. En Francia, en Inglaterra, en Italia, sucede lo que está sucediendo en España. Los síntomas revolucionarios son todavía más graves en esos países que en España. El proletariado de Europa entera se halla en vivísima efervescencia de rebeldía. Se preocupan publicistas y políticos del fenómeno social que se ofrece a sus ojos; se imaginan soluciones parciales; se arbitran reformas y mejoras pasajeras; se intenta reconciliar antagonismos irreducibles; se apela a la represión y a la violencia. No discutimos todos estos procedimientos, unos pacíficos y otros de concordia. Lo que a nosotros nos parece, sencillamente, es que a la hora presente, por políticos y por publicistas, no se considera el problema desde un punto de vista alto y desapasionado. El observador debe guardar una perfecta ecuanimidad ante el espectáculo que ofrecen obreros y propietarios.

Lo que ocurre en la actualidad en toda Europa es un fenómeno perfec-

tamente lógico y natural. Abramos la historia; veamos cuál era la vida y cuáles eran las condiciones del trabajo en el siglo XVII, por ejemplo. Hace tres siglos un taller era como un hogar familiar; las artes mecánicas no podían ser ejercidas libremente por todos los ciudadanos; cada oficio tenía su gremio, y en cada gremio no se admitía al artesano sino después de repetidas pruebas de peritaje. El maestro consideraba a sus oficiales y aprendices como una familia. El lector seguramente recuerda todos estos detalles. Un novelista, Jerónimo de Alcalá, nos pinta en *El Donado hablador* la vida de taller de los célebres pelaires de Sagovia.

Pero todas estas trabas y restricciones al trabajo tenían que desaparecer y desaparecieron. La transformación la realizó el descubrimiento del vapor. Hemos de advertir, sin embargo, que paralela o casi paralelamente a la revolución industrial, se estaba realizando la revolución política. El trabajo fué declarado libre en 1789. La Revolución francesa había sido preparada por los pensadores del siglo XVIII; estaba cargada la atmósfera de Francia (y, en general, de toda Europa) de las ideas de Rousseau, de Voltaire, de Diderot, etc. Ya los ánimos en esta disposición, muertas en las conciencias las viejas ideas, las viejas instituciones, Francia comenzó a tocar el resultado de una política económica desastrosa. No podía decirse que había presupuestos generales del Estado; el Estado era el Rey y eran los tres o cuatro mil nobles que con él vivían ociosamente en Versalles. El más terrible desorden reinaba en la recaudación y en el empleo de los tributos. Labradores, industriales y comerciantes (es decir, el Tercer Estado), trabajaban para el Rey, para la nobleza y para el clero. Poco a poco fué acumulándose un enorme déficit en el presupuesto; los mantenimientos más indispensables para la vida subieron exorbitantemente de precio. El mal-estar público fué agravándose de día en día.

Cuando el 5 de mayo de 1789 Luis XVI reunió los Estados gene-

## LA LIBRERIA ESPAÑOLA DE MARIA V. DE LINES

APARTADO DE CORREOS N° 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38-TELÉGRAFO «LINES»

Acaba de recibir: Blocks para carta, Sobres, Tintas Stafford, Davis y Carter, Pasta blanca en tarritos, Goma

Por cada correo se reciben las novedades literarias españolas y extranjeras

Ultima novela de Hugo Wast: Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre. Léala Ud.